

Carlos Monsiváis: su última entrevista

Katia González-Hermosillo Castillo*

Un templado día de febrero, en Cuernavaca, se abrió la puerta de una cochera negra y, detrás, apareció el escritor Carlos Monsiváis rodeado de ese inevitable halo de celebridad del que tanto renegaba. Su rostro, enmarcado por los mismos anteojos desgastados que siempre traslucieron una mezcla de ternura y displicencia en su mirada, no lograba ya ocultar la deteriorada salud que lo tenía en jaque de tiempo atrás. Con el cabello blanco y alborotado encaminó sus pasos en nuestra dirección, con un andar fatigado.

La curiosidad hizo que Monsiváis se asomara a la parte trasera del coche en el que fuimos a recogerlo a su casa. Después de ser presentados por la amiga a quien debo el privilegio de haber concretado la cita, el afamado escritor y periodista me estrechó cálidamente la mano para entonces entrar al auto. Nos dirigimos a un pequeño café de la zona, donde la entrevista se realizó. Ya en el lugar, todas las miradas se centraron en su persona. La gente que pasaba se quedaba mirándonos y murmuraba indiscretamente. Nos señalaba o, más bien, lo señalaba a él. Me sentí un poco acosada, presionada, pero la naturalidad en el comportamiento de Monsiváis me devolvió la confianza.

Con una nerviosa sonrisa le agradecí por aceptar la entrevista y, como si escuchara siempre lo mismo, hizo una pequeña mueca disfrazada de aceptación.

—Sí, sí, de nada —me dijo.

En medio de la tumultuosa cafetería, Carlos Monsiváis se mostró muy paciente ante el retraso. Con ojos serenos me interpeló de manera apaciguada:

—Comienza.

—Antes que nada, me gustaría saber su opinión en torno a la idea de los medios de comunicación como formadores de la opinión pública en nuestra sociedad. ¿Cuál mensaje dirigiría a las nuevas generaciones de comunicólogos en este sentido?

Firme a su convicción de no inscribir su pensamiento en doctrina ideológica alguna, y habiendo previamente demarcado su posición personal con respecto a los jóvenes estudiantes, resaltó la responsabilidad que ellos deben asumir en explorar la realidad por sí mismos y aprender el oficio por mérito propio. De forma categórica respondió lo siguiente con su característica ironía:

—Los medios, por fortuna, no son la opinión pública, aunque les gustaría serlo. Y sobre qué mensaje podría transmitir, pues ninguno, no puedo transmitir ningún mensaje. Alguien que sea capaz de dar un mensaje es alguien que está buscando dónde quedaron las tablas de la ley. Me

* Estudiante de ciencias de la comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa.



considero no sólo incapaz, sino susceptible al desconocimiento de mí mismo, si les doy algún mensaje.

Las palabras de Monsiváis expresan el *modus operandi* de su trabajo, y cómo éste ha trazado el camino a la creación de sus obras y a su universo de reflexiones:

—Uno se acostumbra a un método de trabajo, pero uno no se acostumbra a incluir las intenciones del trabajo. Se empieza y ya después la costumbre va creando las explicaciones sobre la marcha. Uno no puede detenerse a extraerlas, porque si no estaría enfrente de un espejo bastante inhóspito.

Con el propósito de inducir una repuesta más extensa, añadí:

—Muchos intelectuales, por convicción o conveniencia, se han inclinado más a secundar al gobierno que a criticarlo. En su caso, usted lo ha criticado frontalmente. ¿Qué es lo que lo ha motivado a no aceptar la actuación del gobierno?

—Bueno, desde siempre. No es por presumir de una trayectoria contestataria, pero nunca me recuerdo votando por el PRI; nunca me recuerdo apoyando al presidente en turno. No me recuerdo en ninguna de las excursiones de Luis Echeverría en búsqueda de la gloria mundial. No lo acompañé en su viaje de cien intelectuales a Argentina. Y estuve absolutamente en contra de Díaz Ordaz en el 68, y así sucesivamente. Esto no es particularmente un mérito, es una manera de verificar la realidad y de proceder en consecuencia. Ahora yo voté por López Obrador y considero que fue una gran elección fraudulenta y estoy convencido de que Calderón ha sido uno de los peores gobernantes en la memoria.

En su voz se distinguía un tono enfadado al hablar del actual presidente.

—¿Peor que Fox? —le pregunté.

—Peor que Fox porque ya estaba Fox.

Reímos un poco. Percibí en su mirada cierto aire de consternación al hablar del ex presidente. Con los ojos clavados en el suelo continuó:

—Fox fue un desastre puntual: nunca entendió al país; nunca entendió la responsabilidad que recaía en su persona; no tenía la menor idea de lo que era el Estado. Procedió como si estuviera guiando a un grupo de niños a una excursión a la montaña. En Guanajuato no tuvo ningún respeto por su papel, y por eso no entendió que la naturaleza de su irresponsabilidad hacía muchísimo daño.

Un breve sorbo a su refresco le permitió seguir estructurando el comentario:

—Calderón es como Fox, un hombre de derecha, pero ha acentuando su conservadurismo y lo ha pretendido suavizar con medidas que no han funcionado. Como Fox procedió con la PGR al pedir la inconstitucionalidad del aborto, ahora Calderón procede con la PGR pidiendo la inconstitucionalidad de los matrimonios gay. Está absolutamente convencido de que él tiene que reeducar al país, de volverlo al buen camino de la fe y la obediencia. Como va fracasando consecutivamente, se agudizan las decisiones erróneas,

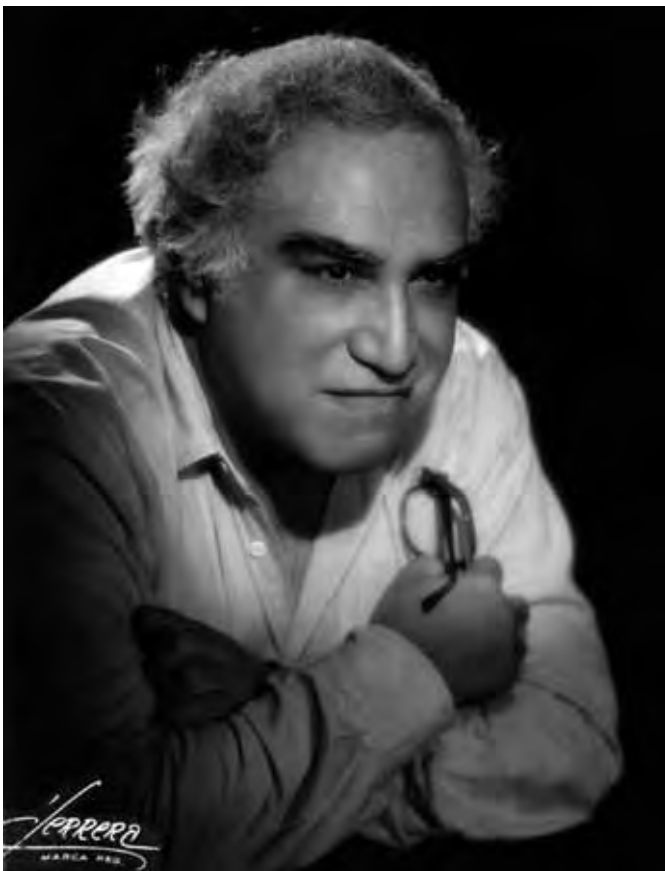
la incapacidad de comprender. Ése es el detalle que unifica a Fox y a Calderón. ¡No entienden! Y ese no entender nos está resultando muy costoso.

Cuando detuvo la vista en su vaso con Coca-Cola, comprendí que Monsiváis había concluido la respuesta. Detrás de esa mirada perdida noté cómo seguía reflexionando lo que acababa de comentar en una suerte de conflicto interno. Entonces proseguí:

—En la situación actual, ¿cuál es el porvenir de la cultura popular frente a la cultura de la élite dominante?

—La cultura dominante no es de la élite. La cultura dominante es de Televisa y sus vertientes. Ojalá fuera de la alta cultura, pues tendría que ver con las grandes bases de la civilización occidental. Pero no, lo que hoy domina es la frivolidad extrema. Lo vemos en los preparativos del bicentenario. Escudarse con una escultura viviente como Zapata es ignorar lo que es la historia de México, reducirla a modos del espectáculo. ¿Qué es ser orgullosamente mexicano? ¿Qué desempleado se sentirá así? ¿Qué habitante rural se sentirá así? ¿Qué persona que entiende críticamente al país se sentirá así? No es una inspiración el concepto de sentirse orgullosamente mexicano.





Me asombró una vez más el modo tan ejemplar de hablar, con su amplio manejo del vocabulario y la manera tan fluida y certera en que lo hacía. Continué:

—¿Considera usted que el mexicano sufre una falta de identidad nacional como efecto de la imposición de estereotipos culturales ajenos y fomentados en los medios masivos de comunicación?

Monsiváis negó con la cabeza y suspiró profundamente, como si se tomara el tiempo necesario para una respuesta que tardó en articular:

—No podría contestar, porque a estas alturas no sabemos qué es la identidad nacional, lo que significa ese término o quién se identifica con qué. Lo que se sufre es una falta de ejercer la conciencia cívica. La identidad es una suma de circunstancias. Puedes ser guadalupano, y ésa es una parte de tu identidad; pero sobre *la identidad nacional* me temo que no sólo no soy capaz de definirla, sino que no puedo comprenderla sin el 15 de septiembre o una reminiscencia escolar. Creo que es un derroche absurdo e injustificable que se vayan a gastar tantos millones para el próximo 15 de septiembre. Entiendo muy bien por qué se ha resguardado por años la cantidad de dinero que se va a despilfarrar. Es una maniobra reveladora, cínica,

descarada; tiene que ver con la identidad gobernante, no con una identidad nacional.

Cuando Monsiváis abordaba la realidad del país, se le podía ver un reflejo de desesperanza en los ojos. Fue ahí cuando decidí terminar la entrevista. Sin poder abstraerse del todo de la tribulación causada por sus propias declaraciones, comenzamos a conversar calmadamente sobre su vida, la cual describió en dos palabras: monotonía y soledad.

En medio de la plática fue muy gratificante descubrir cómo fueron aflorando temas que lo apasionaban, dejando de lado los abrumadores problemas nacionales y olvidando los inconvenientes de la precaria condición física que lo aquejaba. Es conocida su prodigiosa memoria sobre autores fundamentales y pasajes puntuales de sus obras. Invaluable ha sido su aportación al estudio de la cultura popular mexicana y la crónica. Sobre el cine nacional y mundial reiteró su indiscutible conocimiento al barajar directores y filmografías con gran versatilidad y acierto. En ese instante me asaltó el sentimiento de encontrarme frente a una persona que tenía un enorme cúmulo de saberes decantado en años de investigación y reflexión.

Carlos Monsiváis me confesaba su afición por el coleccionismo y la debilidad que sentía por los gatos cuando llegaron mis acompañantes a la mesa, a saber, Lilia Venegas y Carlos Melesio, grandes amigos de mi padre, y Jorge Martínez, mi compañero. Entre todos creamos un ambiente espontáneo y ameno en el que nuestro personaje hizo alarde de buen humor. Muy graciosa resultó, por ejemplo, la manera en que se escabulló de un grupo de personas que lo abordó a la salida del café para pedirle autógrafos. Señaló a Jorge con el dedo para luego revirarles escuetamente:

—Discúlpennme, mi sobrino tienen mucha prisa.

Ese día tuve la suerte de convivir con un Carlos Monsiváis sin máscaras, sin etiquetas, hablando con militancia sobre sus posturas y con deferencia sobre sus predilecciones. Cuatro semanas después, el escritor fue internado en terapia intensiva en la ciudad de México por una deficiencia respiratoria, cuya irreversible complicación terminó por quitarle la vida el 19 de junio de 2010. La gran simpatía que ese día sentí por él, fundada en su infinita afabilidad, permanecerá por siempre grabada en mi memoria. Es una profunda satisfacción convertir esta breve entrevista, quizá la última que concedió, en la conmemoración a una de las personalidades de mayor estatura intelectual de nuestro tiempo.